

/ embarcaré mañana en Ringaskiddy». Y finaliza el homenaje al Cantábrico con magníficos endecasílabos: «También el mar, a su manera, encarna / un primitivo dios que atiende y calla».

La última sección, «Fugaces», se corresponde con las acuarelas, porque las descripciones evocan sugerencias que están más allá de lo que el sujeto contempla. Estas estampas arrancan sensaciones no siempre dulces, no siempre amables. Sobresaliente es el poema dedicado a Antonio Cabrera, «Piedras en un llano», donde la roca, con mimbres mágicos, parece tener pulso: «La roca estaba allí, como un hito seguro / después de tanta confusión. // Al tocarla he creído sentirla palpar». Sin embargo, concluye que el lugar que corresponde a la materia frágil está muy determinado por su existir, es decir, nuestro paso por el mundo es tan fugaz que es casi inapreciable para el resto, así de irremediable en el juanramoniano «La diferencia»: «Será todo tan simple / como la diferencia entre estar y no estar».

En definitiva, el discurso poético de Benítez Ariza se caracteriza por la trascendencia de lo cotidiano, por una visión íntima en distintos planos, por la sencillez del tono narrativo y por la armonía de un conjunto armonioso. Todo ello es lo que nos propone José Manuel Benítez Ariza en esta nueva entrega lírica, Realidad.

Una pausa de eternidad

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Iván Onia

Canto a quien

Editorial Ultramarina C&D, 2021.

Ha transcurrido diez años desde que Iván Onia (Sevilla, 1980) iniciara su carrera literaria en la editorial sevillana Ediciones en Huida con *Tumbada cicatriz* (2011) y *Galería de mundo y olvido* (2013) para asombrar a sus lectores con una trayectoria que no ha dejado de crecer y consolidarse dentro de un circuito editorial independiente, propio de una ciudad cada vez más espléndida en este tipo de empresas interesadas en dar a conocer voces aún alejadas del centro del

campo literario. El caso de Iván Onia es paradigmático en este sentido. Nos encontramos con un autor prolífico cuya trayectoria continúa con títulos como *Hermanos de nadie* (Karima Editora, 2015), *El decapitado de Ashton* (La isla de Siltolá, 2016), *Paseando a Mister O.* (Noctiluca, 2017), *El hijo (de Sharon Olds)* (Maclein y Parker, 2018) y, por último, el libro que nos ocupa *Canto a quien* (Ultramarina C&D, 2021).

Con el libro anterior *El hijo (de Sharon Olds)*, Iván Onia culminó un libro-espejo a partir del diálogo intertextual establecido con los poemas del libro *The Father* (1992), de la poeta estadounidense Sharon Olds. Este planteamiento de escritura poética a partir de otra obra es ya en sí un homenaje de esa obra, sin duda, pero en aquel caso el poeta también pretendía invertir la razón emocional de su contenido. Si Olds buceaba en la hiriente relación con su padre moribundo, Onia polariza esa relación hacia la feliz certidumbre del nacimiento de un hijo.

De alguna manera, esta experimentación intertextual que llevó a cabo magistralmente el poeta sevillano va a repetirse en este último libro que nos ocupa ahora, aunque no del mismo modo tan sistemático.

En esta ocasión no va a tratar de invertir su temática o sus valores emocionales, sino más bien de reinterpretar el texto desde su aquí y su ahora. Nos referimos al hipertexto de otro poeta norteamericano, mejor dicho, del gran poeta de América, fundador de su gran epopeya. Efectivamente, Iván Onia parte del *Canto a mí mismo*, de Whitman, como modelo textual para establecer sus variadas relaciones intertextuales: desde la adopción formal del estilo whitmaniano con sus característicos versos libres y versículos plagados de repeticiones rítmicas (anáforas, paralelismos, etc.) que el poeta de Long Island supo asimilar de la salmodia bíblica, hasta el diálogo, como respuesta a la cita whitmaniana que abre el libro (*Me preguntó un niño: ¿Qué es la hierba?, trayéndomela a manos llenas; / ¿Cómo podía responderle? Tampoco sé yo qué es la hierba*).

De este modo se da entrada a todo un poema de largo aliento que con su propio discurso responde a la pregunta de Whitman ¿qué es la hierba? o, de otro modo, ¿qué es la poesía?

Las 27 partes que forman este gran poema se contienen formando un universo en sí mismo en

continúa expansión y a la vez delimitado por el primer y último fragmento, los poemas 1 y 27. Así, el poema se cierra o se pliega sobre sí mismo como una obra ensimismada, autónoma, única que contiene así en el tiempo pausado de un deslumbramiento poético: una simple mirada de una hoja de hierba donde cabe una eternidad.

No es posible aquí expresar todos los brillos, las poderosas imágenes, las isotopías significativas que mantienen el ritmo y la cohesión del texto, el discurso poético que sortea los meandros de un bello poema río. Tan solo podemos sugerir su navegación, un viaje sin tiempo al centro de la poesía misma.

Cartografía íntima y pensativa

RAFAEL MORALES BARBA

Miguel Floriano

Mapas del vagabundo

La Isla del Siltolá, 2022.

Sin duda hace honor al título cuanto después encierra este libro de poemas de Miguel Floriano (1992), desmintiendo a Michel de Montaigne, que fue el primero en avisar cómo los títulos a veces encubren más que indican. No es el caso, pues, esta cartografía íntima y pensativa, metapoética en algunas incursiones sobre los alcances del lenguaje y su relación con la realidad, doliente y elegíaca (*ma non troppo*), sin impostura, en todo caso, propia. A veces, en los ecos constructivos resuena, no invasoramente, el segundo Luis Cernuda, tal vez como una reminiscencia de algunos poemas bien leídos por el poeta asturiano, que cuenta ya con una trayectoria reconocible. En cualquier caso, no es lo relevante esa filiación con la línea clara, no la de Luis Alberto de Cuenca, sino la del poeta que “se cuenta a sí mismo”, al yo lírico, en un momento de tránsito o crisis, en sentido etimológico, es decir, de transformación o replanteamientos. Y ese debate se refleja nítidamente, con la desnuda emoción reflexiva, despojada de ornato (no de oficio), de

quien escucha “esta tristeza / e intento distraerla / con la amistad”. Ese sentimiento de pérdida de alguien, de algo, de una forma de ver la vida tal vez que cambia y evoluciona desde aquel “fui yo”, y que, en alguno de los estupendos poemas del libro, como “Gnoseología”, habla desde ese funambulismo de “Media vida en destrucción, media en la fe”.

Sin duda ha escrito uno de sus mejores libros Miguel Floriano (1992). Un libro maduro de un poeta dueño de sí y un lenguaje desde el que sabe pormenorizar, avanzar en el sentido, y replantear tímidamente una forma de escribir muy de época. Floriano pertenece a esa evolución del realismo de los 90, que se rompió en la estética del fragmento, con un clasicismo que no suena a ese estilismo relamido (“clasicista” en su peor sentido), sino a una revisión de los 90, tal y como viene haciendo, por ejemplo, Raquel Vázquez. Algo más joven que los poetas que se han aventurado en los desbordamientos del lenguaje a partir del 2010 (Berta García Faet o Unai Velasco, por ejemplo, sin citar al “chaval” Mario Obrero, en sus ecos de Juan Carlos Mestre), o de las experimentales María Salgado y Lola Nieto, punta de lanza de la poesía experimental española, a todo ello se incorpora con su perspectiva renovadora del realismo pensativo. Y lo hace además con verosimilitud no manida, reconocible, propia en este “bosque de las fabulaciones” líricas de su prometedora propuesta.

Poesía de la naturaleza

MARGARITA NÚÑEZ

Kathleen Jamie

La casa en el árbol y otros poemas

Trad. de Antonio Rivero Taravillo

La Fertilidad de la Tierra, 2021.

Dentro de la poesía escocesa, tan rica en las diferentes lenguas en que se articula (mayoritariamente el inglés, pero también el escocés o *Scots* y el gaélico), la escrita por mujeres tiene una gran importancia, como demuestra el hecho de que la anterior Poeta Laureada del Reino Unido de